

Virtudes cristianas y sacerdotales

Mons. Eduardo María Taussig

La última charla con el Padre Etcheverry fue imborrable. Me habló mucho del cielo. Era febrero de 1971. Su cara se iluminaba hablando de la Patria definitiva, de lo que sería el gozo de estar con Dios Padre, con Jesucristo, con la Sma. Virgen, con los santos y seres queridos... No recuerdo tanto -en este punto- "lo que me decía", sino "cómo" me lo decía. Su expresión era de una connaturalidad con las realidades de la Fe, de una seguridad y serenidad, de una paz... ¡Impresionantes! El rostro radiante, las piernas abiertas y firmes en el pasto -sentados bajo un árbol viejo cercano al puente del embarcadero del lago de "la Armonía"-, su guardapolvo viejo, digno, recio, sus manos nobles gesticulando firmeza y entusiasmo, su porte erguido cuando hablaba del cielo y del gozo del encuentro definitivo... grabaron en mí un retrato pleno de la esperanza cristiana.

Además de su enseñanza me queda su ejemplo... Recuerdo que, en uno de esos encuentros, me enseñaba el Padre cómo en el apostolado concreto con una persona uno encuentra a Jesucristo doblemente, por un lado dentro de uno mismo, guiando desde adentro el propio accionar -las palabras, los gestos, etc.-, pero, por otro lado, también está en quien es objeto de nuestra acción evangelizadora, en su alma quizás radiante por la gracia de Dios, quizás entenebrecida por el pecado... Y en esos momentos el Padre cerraba los ojos y se ponía a dialogar con el Señor con toda naturalidad... ¡y el mismo ejercicio docente se convertía en un momento de oración para él!

Me habló largamente de lo que significaba para el sacerdote la paternidad espiritual, de la fecundidad y plenitud que comportaba, etc. El Padre veía en el amor paternal una dimensión más madura, más abnegada, más generosa y también más plenificadora del corazón sacerdotal... Teológicamente, el amor paternal es reflejo del amor del Padre, del Principio fontal en el dinamismo intratrinitario. Y en este sentido, la dimensión más honda de la caridad sacerdotal del Padre creo se funda fuertemente en esta profunda intuición teológica y en esta fecunda experiencia espiritual de su vida sacerdotal.

Esta paternidad, informada por la Caridad teológica, fermentaba el clima de familia espiritual que se vivía en su obra apostólica y en el ambiente que lo rodeaba. En particular, quiero destacar la enorme consideración por cada uno que el Padre siempre tenía... Pero, además, siempre admiré la distinción y consideración con las que trataba a las personas más sencillas y humildes: a los peones de la estancia, al personal doméstico del Colegio o al ocasional taxista o comerciante con el que había tratado. Creo que esta dimensión tan personalizada de su caridad, siempre atenta a todos hasta en el menor detalle, se nutría de una consideración muy sacerdotal del misterio de la Encarnación, por el cual "en cierto modo el Hijo de Dios se unió a todo hombre" (GS, 22), y explica no sólo el inmenso tiempo que le dedicaba a la atención de personas, sino una nota característica de su estilo apostólico.

Y quisiera destacar especialmente su abnegación y capacidad de sacrificio. "Dieciocho horas de confesionario, una para la Misa con su preparación y acción de gracias... y van diecinueve, otra de breviario... ya son veinte, otra de predicación catequética... y llegamos así a veintiuna... Y esto un día y otro día... un año y otro año... unos veinte... hasta pasar los setenta de la propia vida...". ¡Cuántas veces ésta, su descripción del Cura de Ars, de "un hombre que se olvida hasta tal punto de sí mismo...", nos retrataba su propia entrega.

Muchos otros rasgos podrían aún destacarse: su jovial serenidad, su alegría, su afabilidad, su delicadeza y su finura, su hombría de bien y su recia virilidad, su capacidad de enojarse e indignarse por motivos válidos y su temple para la lucha justa, su comprensión y misericordia con la debilidad y su tacto para curar y corregir, su paternal bondad y su magnanimidad...